

La noche de Vicente

ALBERTO HERNANDEZ

I

Aquí comienza la noche.

Una lámpara vacía determina los pasos de Vicente Gerbasi en el destino de su padre, anclado barco en Canoabo.

Aquí comienza la noche a des-
vertirse.

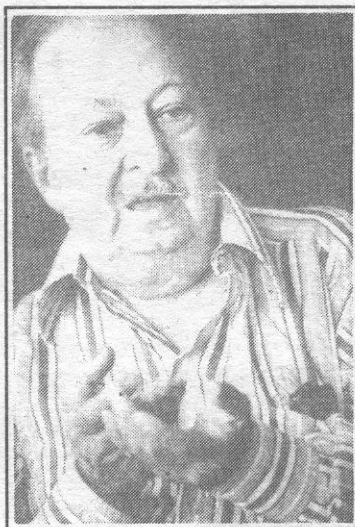
Aquí la noche inventa sus poemas. A darse selva eterna en los ruidos finiseculares, en los tiempos y piedras gastadas por todos los caminos andados. "El hombre siempre solo, con su mirada suya" en el largo sueño metafísico: Vicente toma el paraguas y bajo el sol conquista los relámpagos, anida gavi-
lanes en sus ojos perdidos. Lamenta con cuidado la orilla de su río.

La noche ha comenzado y será la más larga.

II

Consuelo Orta. ¿dónde estás? Tienes visita. Ahí llega un caballero que viene de muy lejos, agotado. Viene lleno de brisas, el pelo alborotado y con el amor fuera de todas las edades. Consuelo Orta, ha llegado Vicente.

Ya Caracas no es aquel día. Aquél que con Eduardo, Natalia, Vicente, Consuelo, el yerno nórdico y todos los pájaros atentos en las ventanas, aprovechando helechos, rosas y frescos de palabras. Oyendo



Vicente Gerbasi

el poema y la zaranda que los niños pequeños leían en los ojos del poeta, aquel día como a la seis de la tarde. Y Consuelo, alarmada y feliz, sentada a mi lado con su mano de barro puesta en mi hombro, y la tarde moría en el amarillo inocente de los primeros sorbos.

III

Aquí está la noche, cansada.

Aquí, Vicente Gerbasi, silbando unos poemas. El río Capa en sus ojos y un leopardo cercano, espera la caricia. A la puerta de la casa, en la bodega, la vela de aquel santo y el padre con la Biblia y los clásicos rusos. Los caballos salpican las

calles de viejos fuegos fatuos, y el gallo pierde el tono en medio de las sombras. Vicente pide agua y lo llevan al pan donde el padre señala la luz de la ventana: el paisaje se abre y señala los signos de las bestias perdidas.

Aquí está la noche, sin camisa.

Las cajas, quesos, papelones, ratones filosóficos y granos mercedos para la boca diestra. El muchacho desteje la mazorca y sienta su perfil en la sombra recién vista. La noche hace silencio y vuelve lentamente a la página que el padre marca para otra lectura.

IV

La casa de Vicente está llena de retratos, afiches, carteles, platillos de adornos, sillas y canciones de mimbre. Las botellas regresan triunfales al balcón donde la noche nueva, la de ahora, cae suavemente sobre la ebriedad silenciosa. Vicente lee con voz de piedra y mira hacia la calle, donde la madrugada comienza a ser de noviembre.

Ha llegado la hora de perderse en la sombra. Y caminamos hacia la puerta. Consuelo lleva mi cintura en su abrazo. Vicente avanza y deja en mi mejilla el beso para siempre. La puerta se cierra y volvemos a un mundo que no nos pertenece.

Es otra la noche.

DIARIO DE CARACAS 20-3-93